

HUNTINGTON DESDE ESPAÑA

Elena de Paz de Castro

(Università degli Studi di Torino)

Patricia Fernández Lorenzo, *Archer M. Huntington. El fundador de la Hispanic Society of America en España*, Madrid, Marcial Pons Historia / Fundación Alfonso Martín Escudero, 2018, 415 pp. ISBN: 978-84-16662-64-7

Tal vez la cubierta del libro que nos ocupa pudiera llamar a engaño: un título despojado de cualquier ornamento, *Archer M. Huntington*, acompañando el poderoso retrato al óleo del mecenas parecería presentar una biografía al uso. El posible equívoco, sin embargo, se desvanece enseñada, pues el subtítulo en la portada aclara el enfoque de la obra: *El fundador de la Hispanic Society of America en España*. La autora, Patricia Fernández Lorenzo, se ciñe al examen de la figura de Archer Huntington (Nueva York, 1870 - Bethel, 1955) y de su contribución a la cultura hispánica desde la mirada de sus contemporáneos españoles, y adopta un modo poco explorado hasta ahora, que no por limitador reduce la imagen del filántropo norteamericano. Al contrario, ayuda a ahondar en ella, a conocerla más cabalmente y, por ende, a comprender mejor el alcance de su entero legado. Siguiendo la cronología biográfica y al hilo sopesado de la trama de relaciones que estableció Huntington en España, se extiende el relato del empeño vital que giró alrededor de una vocación hispanófila. Empeño que no dejó indiferente a nadie: si recibió el aplauso y las alabanzas de la mayoría, no faltaron quienes lo pusieron en tela de juicio mientras sembraban sospechas en torno a las intenciones del rico benefactor.

Dirigido a un público amplio, *Archer M. Huntington. El fundador de la Hispanic Society of America en España* está escrito con espíritu indagador y exhaustivo, necesario para desmenuzar lúcidamente una buena cantidad de materiales, reunidos por vez primera en volumen. De la vasta documentación que maneja, Fernández Lorenzo aprovecha en particular una fuente preciosa de información: el nutrido epistolario de Huntington, quien pese a su proverbial reserva fue un corresponsal diligente. El libro se divide en cuatro apartados —titulados en un prescindible inglés— a modo de etapas en el curso de la vida de Huntington y que caracterizan de paso el

sesgo de sus relaciones en España: «*Huntington in-Progress* (1870-1898)», «*Huntington in-Motion* (1898-1930)», «*Huntington in-Crisis* (1930-1947)», «*Huntington in-Memory* (1947-1955)». Cada uno se abre con una fotografía suya de la época como correlato visual. A través de las más de cuatrocientas páginas, de manera trabada y sin atropellos, se perfila una figura compleja, de singular calidad, indudablemente atractiva. Decía Gregorio Marañón, amigo y gran admirador de Huntington, que este era «un gigante, que recordaba, en lo físico y en lo moral a San Cristóbal» y que en sus hombros trasladaba «el amor entre España y América, separados por las orillas del gran mar». La hiperbólica imagen condensa bien al personaje. En efecto, entre ambas orillas del Atlántico y guiado por su pasión, Huntington miró a tender un puente asentado en distintos pilares, el más sólido el sueño cumplido de la Hispanic Society of America. De lo que abarcó su empresa dan buena cuenta la cantidad de apelativos que se le adjudican: hispanista, mecenas, benefactor, filántropo, coleccionista, bibliófilo, erudito, humanista, poeta... Todos le cuadran, aunque ninguno bastaría por sí solo.

Con la llamada *Gilded Age* americana como trasfondo, la primera parte del libro aborda los orígenes del interés de Huntington por la cultura hispánica, el trazado de las líneas maestras de su proyecto y sus contactos iniciales con España. Subraya Fernández Lorenzo la rápida evolución de una hispanofilia, surgida casi al azar y alentada por la moda de lo español en la Norteamérica decimonónica, hacia el hispanismo comprometido, tan atento al pasado como a las desdichadas circunstancias presentes de un pueblo en fuerte contraste con la próspera sociedad estadounidense. El joven Huntington, hijo de uno de los empresarios más ricos del país y criado en un ambiente mercantil con veleidades filantrópicas, no vacila en rechazar pronto el papel de hombre de negocios que por cuna le correspondería: para él es servidumbre y, además, ha descubierto ya un camino acorde a sus gustos y temperamento. De suerte que se aplica al ejercicio de las artes y las letras y al coleccionismo, concretados ambos a España e Hispanoamérica y con lógico ensanche a Portugal. El aprendizaje de la lengua española le permite adentrarse en la lectura de los clásicos castellanos, entre ellos el *Cantar de Mio Cid* con cuya traducción al inglés —publicada por esas mismas fechas— se abre paso en el hispanismo académico. Huntington apreciará siempre al Cid Campeador, héroe épico que para él simboliza la esencia del ser español, su alma verdadera. En busca de esa España auténtica, realiza los primeros viajes a la Península y comienza a entablar relaciones con intelectuales, artistas, políticos o aristócratas,

asiduos de los círculos más influyentes. También, desde muy temprano, concibe la idea de crear un museo para difundir la cultura española en Estados Unidos y fomentar allí el estudio de las letras hispánicas. Aúna así sus preferencias intelectuales, la afición por el coleccionismo y el afán pedagógico. A diferencia de otras grandes fortunas estadounidenses de la época consagradas a atesorar piezas de arte europeas, Huntington aspira a reunir en un museo con biblioteca las valiosas obras literarias, de pintura, escultura o artes decorativas que va adquiriendo no como mero «montón de objetos acumulados», sino con el propósito de que reflejen el alma de lo español, «el compendio de una raza». Un museo para disfrute del público en general y a disposición de investigadores y especialistas. El resultado fue la Hispanic Society of America, constituida en 1904 e inaugurada cuatro años después, cuya fama llegaría a ensombrece otros proyectos de su fundador.

Precisamente Fernández Lorenzo ofrece en la segunda parte del libro, la más extensa, el análisis de la significación y trascendencia de la Hispanic Society e indaga también al detalle en las amistades que Huntington cultivó en España durante el primer tercio del siglo XX. Observa la autora que Huntington planteaba para su institución «una aproximación holística, académica y refinada a la cultura hispánica, tendente a revalorizar los estudios hispánicos ante la sociedad estadounidense», actuando siempre con gran independencia de criterio y sin reparos a la hora de rechazar propuestas poco eficaces para la consecución de sus fines. Desde la Hispanic, Huntington colaboró activamente en la promoción del hispanismo y de la enseñanza de la lengua con entidades como la Asociación Americana de Profesores de Español y Portugués o el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia. Asimismo, cuidó en especial las publicaciones de la Hispanic (buen ejemplo son los *Huntington Reprints*, exquisitas reproducciones facsimilares de obras maestras de la literatura en español y portugués), además de apoyar prestigiosos proyectos editoriales. El efecto de la Hispanic Society se intensificaría al arrimo de otros organismos culturales, que prosperaron gracias a la voluntad y el generoso patrocinio de Huntington: la American Numismatic Society, la American Geographical Society, el National Museum of the American Indian o la American Academy of Arts and Letters. También la Biblioteca del Congreso en Washington le debe el contar con una notable Hispanic Division. Si en Estados Unidos la Hispanic Society da celebridad a Huntington y pone de relieve su estilo, un cierto modo de hacer, así como su talante resolutivo y conciliador, lo mismo ocurre al otro lado del Atlántico, donde el

mecenas encuentra terreno fértil para sus planes en una España tan acuciada por las turbulencias económicas y políticas como floreciente en el ámbito cultural. La crónica de la sociedad que frecuenta sugiere, por un lado, el sentido de su quehacer profesional durante ese periodo —en ocasiones alcanza incluso las esferas de la diplomacia—, y por otro, el respeto intelectual que se gana, al tiempo que consigue ser visto no como expoliador de un patrimonio nacional sino custodio de él. Fernández Lorenzo señala que Huntington puede ser considerado «de forma legítima uno de los protagonistas de la vida social e intelectual de la España de la Edad de Plata de la cultura». Corroborar tal afirmación el vasto repertorio de interlocutores selectos que, en mayor o menor medida, tienen que ver con Huntington. Desgranarlo es tarea paciente de la autora. El marqués de la Vega-Inclán, el conde de Valencia de Don Juan, el duque de Alba y aun el propio Alfonso XIII; Joaquín Sorolla, Ignacio Zuloaga, Mariano Benlliure, Miguel de Unamuno, Federico de Onís, José Ortega y Gasset, Alejandro Pidal y Mon, Ramón Menéndez Pidal, María de Maeztu, Manuel Bartolomé Cossío, Josep Pijoan, Concha Espina, Vicente Blasco Ibáñez, Juan Ramón Jiménez..., nombres entresacados del impresionante elenco que aquí se revisa, explicado en su contexto e interpretado a la luz de sus implicaciones.

Sin embargo, advierte Fernández Lorenzo, ese entorno en que Huntington se desenvuelve pródigo no le impedirá seguir fiel a su idea, una «filantropía independiente, reflejo de sus intereses y de sus convicciones y, en gran medida, de una ambición romántica». A partir del verano de 1929, año del último viaje a España, y hasta su muerte en 1955, hace de esa independencia criterio inexcusable, condicionado fundamentalmente por las circunstancias de un mundo en crisis. Es el periodo que comprenden las partes tercera y cuarta del libro, donde se tratan episodios del Huntington acaso menos conocido y que revisten su persona de un significado particular. Hay ahora un cambio de actitud en él: progresivo alejamiento respecto a España —de la que no obstante se mantiene al corriente por vía epistolar— y ensayo en Estados Unidos de nuevos caminos por los que encauzar su filantropía. Cada vez más volcado en la escritura y apartado de la vida neoyorquina, acomete en su país empresas museísticas con temática popular (el golf, los barcos o la escultura al aire libre). En cuanto a España, no serán desafectos sino cautelas las que propician la distancia. Primero, distancia recíproca con la República, pues su figura queda a trasmano al estar ligada a una época política y artísticamente superada; luego, con la Guerra Civil, ante cuyo desolador paisaje un Huntington impotente y afligido, y a la postre resignado, prefiere

mantenerse neutral, haciendo prevalecer, dice Fernández Lorenzo, su sentido de la responsabilidad institucional. La discordia no tenía cabida en la Hispanic, de ahí que Huntington optase porque la entidad viviera un tiempo de silencio, sin actividad de cara al público, dedicada a la investigación y a la catalogación de sus fondos. No será hasta finales de los años cuarenta, en el marco de la Guerra Fría y del avance de las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y España, cuando al ya anciano mecenas se le devuelva a la palestra. Sirve esa ocasión para poner de nuevo en evidencia su naturaleza poco acomodadiza aunque cordial, que pudo parecer a veces afinidad con la dictadura, algo que Fernández Lorenzo descarta basándose en los documentos consultados. De Huntington no parte iniciativa alguna. Acepta las distinciones con que el gobierno franquista lo agasaja en el intento de reincorporarlo a la vida pública española, a la par que recibe el homenaje organizado desde el Wellesley College por algunos intelectuales exiliados como testimonio de gratitud y estima. Tampoco hay que perder de vista los motivos que lo animan a regalar a la Ciudad Universitaria de Madrid la escultura *Los portadores de la antorcha* que su esposa Anna Hyatt había realizado, ni sus reticencias ante propuestas como la Fundación Huntington en España o la concesión de un título nobiliario. Tras su muerte cunde la indiferencia, prueba elocuente del interés circunstancial que había impulsado la recuperación de un hombre que tanto y en tan diferentes órdenes había hecho por las artes y las letras españolas.

Añade Fernández Lorenzo un epílogo donde insiste en la reivindicación que alienta el libro: la necesidad de reconocer las aportaciones de Huntington a la cultura hispánica «en toda su diversidad». A través de esa diversidad la autora guía al lector sin desconcierto ni altibajos, dejando patente la personalidad compleja del biografiado, ante quien adopta un tono amable, que no supone menoscabo alguno de la solidez de su investigación. Es este un libro escrito con oficio y apasionado empeño, importante sin duda para la memoria y el entendimiento de un ilustre amigo americano de los españoles.

Ae